

Jamil Ahmad  
El halcón errante

Traducido del inglés por Eugenia Vázquez Nacarino

Alianza Editorial

*Título original: The Wandering Falcon*

*Reservados todos los derechos.  
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,  
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,  
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,  
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada  
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier  
medio, sin la preceptiva autorización.*

*Copyright © 2011, Jamil Ahmad  
© de la traducción: Eugenia Vázquez Nacarino, 2013  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-206-0888-4  
Depósito legal: M. 22.336-2012  
Printed in Spain*

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:  
[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## *Índice*

- 11 Los pecados de la madre
- 31 Una cuestión de honor
- 49 La muerte de los camellos
- 81 El mulá
- 101 Un secuestro
- 123 El guía
- 157 Una libra de opio
- 169 El compromiso de Shah Zarina
- 187 Venta zanjada



*A mi maravillosa familia,  
y en especial a mi mujer, Helga Ahmad.*



# 1

## *Los pecados de la madre*

En el accidentado laberinto de montañas de arenisca azotadas por los elementos donde se encuentran las fronteras de Irán, Pakistán y Afganistán, hay un puesto militar con una guarnición de unos cuarenta soldados.

Solitario como todos los puestos fronterizos, éste es particularmente inhóspito. No hay habitantes en varias millas a la redonda, ni más vegetación que unas pocas palmeras consumidas y sin frutos inclinadas en distintas direcciones, ni más agua que el regajo que corre entre dos peñascos recubiertos de salitre y que también se seca de vez en cuando, manifestando cierto grado de hostilidad.

La naturaleza no se ha conformado con esto. En esta tierra ha creado también el temido *bad-e-sad-o-bist-roz*, el viento de los ciento veinte días, que ruge casi sin tregua durante los cuatro meses de invierno, trayendo nu-

bes de polvo alcalino y arena tan densas que los hombres apenas pueden respirar o abrir los ojos cuando la ventisca los atrapa.

Era natural que algunos acabasen trastornados si estaban una temporada demasiado larga expuestos a tanta desolación y aislamiento, así que poco a poco se estableció que ningún soldado pasase allí dos años seguidos, para que nadie tuviese que soportar los estragos de la tormenta más de ciento veinte días.

Fue en uno de esos periodos de calma cuando el hombre y la mujer encontraron el puesto oculto entre los pliegues de las montañas. El viento llevaba tres días soplando con furia ciega, y, si no hubiese amainado de repente, ni siquiera habrían advertido la existencia del lugar, ni tampoco la del único manantial de agua que había en los alrededores. Se habían armado de valor para seguir viajando durante la noche, que se cernía ya, cuando el impenetrable telón de polvo y arena pareció levantarse y revelar el fuerte, con sus tristes palmeras.

Los soldados, que se quedaban acurrucados tras los postigos mientras arreciaba el viento, salieron en cuanto el cielo se despejó. Asqueados y abatidos tras tres días con sus noches en habitaciones hediondas donde apenas se podía respirar, a oscuras, paseaban ahora, se aseaban y se llenaban los pulmones de aire fresco. Había que sacar el mejor provecho al breve respiro antes de que el viento empezara a azotar de nuevo.



Varios hombres advirtieron la presencia de dos figuras a lomos de un camello coronando la loma y avanzando despacio, vacilantes, hacia el fuerte. Al aproximarse, ambos se tambaleaban. Las ropas negras de la mujer, al igual que las del hombre, estaban grises de polvo y arena, y se marcaban nítidas líneas de barro reseco allí donde el sudor había calado los dobleces del tejido. Incluso los espejitos primorosamente bordados que decoraban el vestido de la mujer y el gorro del hombre parecían deslucidos y opacos.

La mujer iba totalmente tapada, pero, al acercarse, la prenda que le cubría la cabeza resbaló y dejó su rostro a la vista de los soldados. Aunque hizo ademán de colocárselo de nuevo, parecía demasiado exhausta para que de verdad le preocupara, y dedicó toda la energía que le quedaba a seguir caminando, un paso tras otro, hacia el grupo de hombres.

Cuando el velo cayó del rostro de la mujer, la mayoría de los soldados volvieron la cabeza; pero quienes no lo hicieron se dieron cuenta de que era poco más que una chiquilla. Si las miradas de su acompañante no revelaban nada, los ojos hinchados y enrojecidos de la muchacha, su pelo apelmazado y la expresión sobrenatural de su cara lo decían todo.

El hombre indicó a la mujer con un gesto que se detuviera y se acercó, solo, al *subedar*\* que comandaba el

---

\* Rango originario del ejército de la India, de menor categoría que los oficiales británicos, pero por encima de los soldados de tropa. [N. de la T.]

fuerte. Empuñaba febrilmente el cañón de un fusil viejo y oxidado que traía colgado al hombro. No disponía de tiempo que desperdiciar en trivialidades.

—Agua —masculló con voz áspera por entre unos labios agrietados y sangrantes—. Se nos ha terminado el agua, dadnos un poco.

Sin mediar palabra, el *subedar* señaló un cubo medio vacío del que habían bebido sus hombres. El hombre levantó el cubo y volvió hacia la mujer, ovillada en el suelo.

Le levantó la cabeza y la sostuvo con un brazo, empapó la punta del chal en el cubo y derramó unas gotas de agua en la cara de la mujer. Con ternura, sin avergonzarse ante las miradas fijas en él, le enjugó el rostro con el paño húmedo, mientras ella seguía exánime entre sus brazos.

Un joven soldado rió por lo bajo, pero guardó silencio enseguida al ver que el comandante y sus compañeros lo fulminaban con la mirada.

Después de limpiarle la cara, el baluchí ahuecó la mano derecha y humedeció los labios de la mujer. Al sentir el agua, ella empezó a lamerle la mano y los dedos como un animalito. De pronto se abalanzó hacia el cubo, metió la cabeza dentro y bebió ruidosamente hasta atragantarse. Entonces el hombre la apartó a un lado con paciencia, bebió un poco de agua y le llevó el cubo al camello, que apuró el agua restante de un solo lengüetazo.

Volvió con el cubo vacío hasta el grupo de soldados, lo dejó en el suelo y aguardó allí, en silencio y sin moverse.

Al fin, el *subedar* habló.

—Te hemos dado agua. ¿Precisas algo más?

Dio la impresión de que el hombre librara una batalla en su interior, y al cabo, como si obrara en contra de su voluntad, miró de nuevo al *subedar*.

—Sí, preciso amparo para los dos. Somos siahpad de Killa Kurd, huimos de la familia de mi mujer. Llevamos tres días viajando a través de la tormenta, y seguir adelante sin duda sería...

—Amparo —le interrumpió el *subedar* con brusquedad— no puedo ofrecerte. Conozco bien vuestras leyes, y ni yo ni ninguno de mis hombres nos interpondremos entre un hombre y las leyes de su tribu. —Y repitió—: Amparo no podemos darte.

El hombre se mordió los labios por el dolor que se agitaba en su interior. Se había rebajado a pedir amparo. Había comprometido su honor ofreciéndose a vivir como un *hamsaya*, el hombre que abandona su hogar y busca protección a la sombra de otro ser humano. Hizo ademán de marcharse, pero se dio cuenta de que no tenía más remedio que humillarse aún más.

Se volvió y dio la cara de nuevo al *subedar*.

—Acepto tu respuesta —dijo—. No os pediré amparo. ¿Puedo disponer de comida y cobijo unos pocos días?

—Eso podemos concedéroslo. —El *subedar* se apresuró a reparar la severidad con que lo había tratado hacía

un instante—. Aquí hallaréis cobijo. El tiempo que deseáis, tanto tiempo como queráis quedaros.

Había una larga hilera de alojamientos a escasa distancia del fuerte. Los construyeron a toda prisa cuando estalló la Primera Guerra Mundial, cuando los efectivos del puesto fronterizo ascendieron durante una breve temporada hasta cerca del centenar de soldados. La arena había empezado a adherirse a las paredes desde el momento mismo en que se levantó la edificación. Lentamente y sin pausa, la arena se fue amontonando y, puesto que nadie la quitaba, al cabo de unos años alcanzó el nivel del techo. Con el tiempo, la mayoría de las paredes y los techos cedieron al peso y se desmoronaron. Ahora, casi cincuenta años después de su construcción, montones de arena ocupaban estas habitaciones. Sin embargo, quedaban aún unas pocas que todavía no se habían venido abajo.

Fue en una de estas habitaciones donde Gul Bibi y su amada hallaron cobijo. Durante varios días, la pareja apenas salió de su pequeño cuarto. Los únicos indicios de vida eran el abrir y cerrar de los postigos cuando el viento languidecía o arreciaba, o cuando los soldados llevaban comida a la choza. Poco después de que dejaran la comida en el umbral, la puerta se abría furtivamente y la bandeja desaparecía en el interior, para volver a aparecer más tarde.

Con el paso de los días, la pareja pareció ir armándose de valor. A veces dejaban la puerta abierta mientras el

hombre salía a atender al camello. Un día salió la mujer también y con unos arbustos espinosos hizo una escoba para barrer la habitación. Tras varios días de inactividad, el hombre empezó por voluntad propia a ir a buscar agua para la tropa con su camello. Cargaba los odres a lomos del animal y visitaba los manantiales dos veces al día. En una ocasión llevó al fuerte, a modo de obsequio, unas cestas que la muchacha había tejido con hojas de palmera.

—Son para que guardéis el pan —explicó a los soldados.

Y a partir de entonces la vida transcurrió así. El invierno dio paso al verano. Algunos soldados se marcharon al acabar su periodo de servicio, y llegaron otros para reemplazarlos.

Con cada cambio, incluso el más insignificante, daba la impresión de que la pareja se retrajera durante un tiempo. Apenas se aventuraban a salir, y ni siquiera se abrían los postigos. Al cabo volvían a aparecer con aire cauteloso y poco a poco se adaptaban al cambio. Cuando obraban así, a los soldados les recordaban esos pequeños lagartos asustadizos del desierto que se ocultan desesperados en sus madrigueras al menor indicio de peligro.

Cada vez que una partida de soldados se marchaba, siempre había alguno que procuraba desprenderse de alguna de sus escasas pertenencias para dejársela a la pareja. Un par de maltrechos zapatos, una sábana zurcida, unos utensilios de aluminio. Los liaban en un fardo y los colo-

caban en el umbral de la cabaña antes de que el camión del ejército los llevara de vuelta al cuartel. Luego los soldados empezaron a hacer una colecta el día de paga e insistieron en entregársela al hombre por ir a buscarles el agua. Rechazó el dinero la primera vez, pero al ver que su negativa molestó a los soldados, se obligó a aceptar aquel pago sin expresar su gratitud con palabras. Sin que se trasluciera ninguna emoción en su rostro, cogía el dinero, se lo guardaba en un bolsillo de su chaleco raído y se alejaba. A veces su mirada de paciencia infinita, su actitud distante y su inexpresividad incomodaban a algunos de los recién llegados entre la tropa, pero con el tiempo cada nueva remesa acababa por aceptar al hombre, aunque no consiguieran abrir una brecha en la barrera que él mismo había levantado a su alrededor.

El cambio de verdad llegó con el nacimiento del niño.

Los soldados se habían acostumbrado a ver siempre las mismas construcciones monótonas y a sus habitantes hoscos y frustrados, que lamentaban cada uno de los días desperdiciados en aquel reducto inhóspito y anhelaban desesperadamente volver a lugares más habitables, a los paisajes y los sonidos de los bazares atestados de gente, al olor del agua y la vegetación, al tacto de la ropa limpia recién lavada y a los chascarrillos y las ocurrencias en las tiendas. Sin embargo, la noticia del nacimiento pareció disolver el resentimiento y la amargura que reinaban en el aire y que parecían envolver el puesto fronterizo.

La mayoría de los soldados contemplaban embobados el asombro de las miradas fruncidas de aquel crío con enortijados rizos negros al pasarse en los brazos de su madre. El llanto débil y lastimero del recién nacido les devolvió recuerdos de sus propias familias, a las que no veían desde hacía años.

Con el nacimiento de su hijo, dio la impresión de que también la pareja desterrara sus temores. De hecho, parecían al fin aliviados de sus preocupaciones y conflictos.

Nada más terminar la estación de las tormentas de arena, la mujer tejió un toldo con los arbustos del desierto y lo tendió sobre la puerta para guarecerse del fuerte sol que caería a plomo durante los meses del verano, ya próximo. Mezcló barro con agua y rebozó la habitación, el suelo y la puerta de la vivienda.

Y no sólo eso. Hizo un murete, de apenas diez centímetros de alto, y cercó una zona del tamaño de dos camas delante de la vivienda. Además construyó para ese patio una cancela, entre dos túmulos abombados en la punta. Cuando terminó se quedó contemplándolo orgullosa, esperando a que llegara la noche para mostrarle al hombre su magnífico trabajo.

Tuvo que esperar más de lo acostumbrado, porque el camello se había extraviado mientras pacía. Cuando al fin volvió, el hombre miró largamente la obra antes de hablar.

—Amor mío, quita esos túmulos, hay algo en ellos que no me gusta.

Ella se demoró unos instantes inmóvil, y de pronto, cuando comprendió el sentido de sus palabras, se abalanzó con frenesí sobre los túmulos y los derribó, convirtiéndolos de nuevo en barro.

Un *subedar* tras otro fue pasando cada vez que terminaba un año y empezaba el siguiente. De hecho, la pareja medía el paso del tiempo con el cambio de *subedar*. Cuando llegó el sexto, cayeron en la cuenta de que el niño tenía cinco años.

¡Y qué alegre y vivaracho era el chiquillo! Alimentado con las raciones de los soldados, parecía mayor de lo que por edad le correspondía. Pasaba los días inventándose juegos que jugaba a solas, o brincando de peñasco en peñasco, siguiendo a los soldados en sus patrullas. Al caer la tarde solía estar cansado y se acurrucaba en el regazo de su madre a dormir un rato hasta que empezaban a cenar.

Una noche, cuando el hombre volvió con el agua de las fuentes, el niño seguía dormido en la falda de su madre.

Ella hizo ademán de levantarse, pero el hombre la detuvo con un gesto.

—Quédate así un rato, me gusta mirarte. Hay un halo de paz a tu alrededor. —Luego añadió, señalando al niño—: Me pregunto qué clase de vida llevará cuando crezca. ¿Qué te gustaría que fuera?

El hombre miró a la mujer, que sopesó la pregunta.

—Que sea un pastor de camellos apuesto y distinguido, como su padre —murmuró la mujer.



—Y que se enamore de la hija del *sardar*, la mujer de su amo —replicó el hombre.

—Y se la lleve de allí —continuó la mujer.

—Y la condene al sufrimiento y la pena y el terror —reprochó el hombre.

—No vuelvas a decir eso. No debes hablar así nunca más —dijo ella en un susurro.

El niño abrió de pronto sus ojos oscuros y habló risueño.

—Os he estado escuchando, y os diré lo que voy a ser. Seré un jefe, tendré caballos y camellos. Agasajaré a vuestros amigos y desafiare a vuestros enemigos, estén donde estén.

La mujer apartó con delicadeza al niño de su regazo y empezó a preparar la cena.

Una mañana de invierno en que la pareja estaba sentada delante de su choza, un jinete apareció de súbito a lomos de un camello, directo al fuerte. Tan de improviso llegó que no les dio tiempo a esconderse, así que se quedaron donde estaban sin inmutarse, mientras el hombre trataba sus asuntos y se marchaba de nuevo sin dirigir una sola mirada hacia donde ellos estaban. Sin embargo, en cuanto el desconocido desapareció tras la cresta, la pareja llamó al niño, que estaba jugando con la tierra del patio, y se metieron en la choza, como si el frío del interior de pronto ofreciera más calidez que el sol que lucía fuera.

Poco después, el *subedar* se acercó a la cabaña y le pidió al hombre que saliera. No se anduvo con preámbulos.

—Ese jinete que acaba de marcharse del fuerte era un siahpad —le dijo el *subedar*—. Ha hecho preguntas sobre vosotros. ¿Sabes lo que significa eso?

El hombre asintió sin decir palabra.

—Si queréis iros —continuó el *subedar*—, pasad a buscar algo de comida por la cantina. Los hombres os han preparado un hatillo. Si Dios quiere, volveremos a vernos algún día.

Al caer la tarde la pareja partió a lomos del camello; el hombre iba en medio, con el niño acomodado delante y la mujer detrás. El olor del miedo volvió a golpearle las fosas nasales. La mujer no había hecho preguntas. Reunió sus pertenencias y se vistió con rapidez; primero se puso y le puso al niño ropa de abrigo, y luego preparó un fardo ligero con las pocas cosas que precisaban para el viaje. El resto de sus pertenencias, las que habían ido acumulando con el paso de los años, las apiló cuidadosamente en un rincón de la habitación.

Mientras tanto el hombre llevó al camello hasta el umbral de la puerta y lo hizo arrodillarse. Limpió su escopeta y se la echó de nuevo al hombro. Al salir, antes de montar a lomos del camello, la mujer volvió fugazmente la mirada hacia la habitación, paseándola un instante por el suelo rebozado con arcilla, las esteras de hojas de palmeras que había tejido a lo largo de los años, los rescoldos del hogar.

Su rostro mantuvo la calma y la serenidad, como si hiciera mucho tiempo que estaba preparada para aquel viaje.

El camello solitario siguió el tendido de la línea del telégrafo a lo largo de unas veinte millas, antes de que el hombre decidiera virar hacia el este y adentrarse en una región accidentada.

Procuraron sacar el mayor partido de sus conocimientos y de su astucia. Variaban el ritmo, y a menudo cambiaban la dirección y las horas de viaje. Nunca se demoraban más de lo necesario en los abrevaderos. Cuando descansaban, escogían el lugar más apartado, e incluso allí apilaban matorrales y espino para ocultar su presencia y la del camello.

Al cabo de cinco días sin señales de sus perseguidores, la mujer se esperanzó.

—A lo mejor el desconocido no era un siahpad. A lo mejor no nos reconoció —comentaba con optimismo—. A lo mejor no dijo nada. A lo mejor decidieron no perseguirnos. A lo mejor nos han perdido el rastro —entonaba como una salmodia.

—No —dijo el hombre—. Vienen a por nosotros. Lo percibo en el aire.

No se equivocaba. A la mañana del sexto día, cuando la pareja estaba llenando el odre en el abrevadero, vieron a sus perseguidores aparecer por el horizonte.

Era esa hora temprana en que los torbellinos de arena y los demonios que se arremolinan en el polvo no entur-

bian aún el aire del desierto. A pesar de que estaban a una distancia considerable, no había lugar a dudas. El marido y el padre de la mujer, a escasa distancia del grupo de jinetes, encabezaban la partida de búsqueda en sendos camellos.

El hombre llamó a Gul Bibi a su lado. Posándole una mano en el hombro, la miró a los ojos.

—No hay escapatoria para nosotros. Nunca la hubo. ¿Sabes qué debo hacer ahora?

—Sí —contestó ella—. Lo sé. Hemos hablado muchas veces de este día. Pero tengo miedo, amor mío.

—No temas —dijo el hombre—. Yo te seguiré. Pronto te seguiré.

La mujer se alejó unos pasos y se detuvo, dándole la espalda al hombre. De pronto, habló de nuevo.

—No mates al niño. Quizá le perdonen la vida. Estoy lista.

El hombre le disparó en la espalda cuanto todavía estaba hablando. A continuación cargó de nuevo la escopeta y con aire meditabundo contempló al niño, que lo miraba sin pestañear. Con un gesto de los hombros dio media vuelta, se acercó al camello, que seguía arrodillado, y lo mató de un tiro. Luego se quedó junto al niño esperando a que los perseguidores lo alcanzaran.

Los jinetes llegaron al abrevadero y desmontaron. El anciano que iba en primer lugar contempló el cuerpo exánime de su hija y miró a su amante.